

Inestabilidad en los Grandes Lagos

Orihana Irigaray y Joaquín Ciervide

Para Bernard-Henri Levy, un reportero-filósofo-poeta, Burundi es «un país que se encamina al suicidio»¹. Para ciertos promotores internacionales del Acuerdo de Arusha, Burundi está ya inaugurando primavera. Los que creen en la pervivencia del tiempo de Mobutu, piensan que el Congo sigue sumergido en el caos. Los que ponen su confianza en el nuevo presidente, Joseph Kabila, estiman que el Congo vuelve a ser un país tan rico en promesas como en recursos naturales. Hay quienes gritan que los conflictos de los Grandes Lagos son una guerra olvidada. Hay quienes defienden que dicha región es tan exasperante que más vale olvidarse de ella. Todo gira y converge hacia un punto escondido: el elusivo problema de los hutus y los tutsis.

A pesar de que no es fácil encontrar una vía media entre tanta información polarizada, vamos a intentar, primero, describir la situación actual en Rwanda, Burundi y la República Democrática del Congo. Luego apuntaremos los sucesos históricos que, a nuestra manera de ver, tienen todavía un impacto sobre la actualidad y, por fin, al mismo tiempo que buscamos una síntesis de los factores que determinan el conflicto, concluiremos aventurándonos en adivinar lo que el porvenir depara. La guerra y la violencia, presentes de una manera u otra en los tres países, guían nuestras descripciones y reflexiones.

¹ « Burundi, un país que se encamina al suicidio », El Mundo 5.6.1, pp. 30-32. El autor se deja llevar por su inspiración más que por la realidad global.

I. La inestabilidad actual

Burundi

Este país, hermano gemelo de su vecina Ruanda, vive desde hace años una situación de guerra larvada. Los «*assaillants*», milicianos hutus, a partir de las colinas donde se esconden, realizan de forma esporádica emboscadas a vehículos en las carreteras, ataques nocturnos y robos. Rara es la semana en la que no hay varios muertos. Existen dos grupos principales: el FDD (Forces pour la Défense de la Démocratie) de Jean-Bosco Ndayikengurukiye (reemplazado el 15 de octubre por Pierre Nkurunziza, según ciertas fuentes) y el FNL (Front National de Libération) de Agathon Rwaswa. El ejército del país responde con represalias indiscriminadas en las que las víctimas son con frecuencia civiles inocentes². El gobierno conserva un control hipermilitarizado de Bujumbura y otros centros urbanos mientras que la presencia insidiosa de los “*assaillants*” domina el mundo rural: las “*mil colinas*” con sus platanares, sus bosques y su selva. La capital vive con normalidad las horas del día y las primeras de la noche. Con el toque de queda, de 11 a 6 de la mañana, el ruido de bombardeos y tiros recuerda a los habitantes de Bujumbura que la guerra es una realidad cotidiana.

En ese contexto de violencia, Nelson Mandela se esfuerza en presidir una mesa de negociación en la que 19 partidos políticos y grupos³ –todos a excepción del FDD y el FNL– firmaron el 28 de agosto del año pasado el Acuerdo de Arusha con un calendario para llevar al país a un gobierno democrático.⁴

El gobierno busca desesperadamente resolver el problema de la violencia con una solución militar. El ejército ha alcanzado la cifra descomunal

² A comienzos de agosto de 2001, un documento conjunto de cinco asociaciones de derechos humanos elevaba a 400 el número de víctimas civiles en lo que iba de año. Por lo tanto, más o menos dos por día.

³ Los comentaristas políticos distribuyen los 19 grupos de la siguiente manera: gobierno, asamblea nacional, 10 partidos pro-tutsis y 7 partidos pro-hutus.

⁴ He aquí algunos encabezados de dicho calendario: alto el fuego permanente, cese de las hostilidades, fuerza internacional demantenimiento de la paz, reconstrucción y desarrollo, rehabilitación y reinstalación de los refugiados y desplazados, liberación de los prisioneros políticos, desmovilización de grupos armados y de parte del ejército, fusión de ejército y milicias, elecciones.

Inestabilidad en los Grandes Lagos

de 60.000 miembros para un país de 6 millones de habitantes. Desgraciadamente, lejos de ser la solución, el ejército es buena parte del problema. Desde la independencia ha estado dominado por la minoría tutsi y es el grupo más reticente a renunciar a los privilegios tutsis. La reestructuración del ejército con una distribución de 50 % tutsi y 50 % hutu es el punto del Acuerdo de Arusha que será más difícil de hacer efectivo.

Otro punto del Acuerdo de Arusha es la alternancia en los tres años del gobierno de transición que preparará las elecciones: 18 meses con un presidente tutsi y un vice-presidente hutu, seguidos de otros 18 con un presidente hutu y un vice-presidente tutsi. El espíritu salomónico que ha guiado el acuerdo de Arusha suscita dudas entre los observadores. ¿Es una solución organizar la política del país con un sistema de cuotas étnicas?

¿Es una solución organizar la política del país con cuotas étnicas?

Mandela, con paciencia, constancia y una práctica acomodaticia que hace quizá excesivas concesiones, intenta hacer avanzar las etapas del acuerdo de Arusha. El alto al fuego tenía que ser el punto de partida que haría arrancar el calendario del Acuerdo. Nunca ha llegado a materializarse. Que por eso no quede. El 1° de noviembre pasado prestó juramento el nuevo gobierno de los primeros 18 meses con una paridad casi matemática entre hutus y tutsis. El nuevo Vice-presidente es, como estaba previsto, Domitien Ndayizeye pero el presidente tutsi es quien lo era ya antes, Pierre Buyoya, que subió al poder con un golpe de Estado en 1996 y que supuestamente debía salir de escena con elegancia para pasar el relevo a un nuevo gobierno. Y como el país está en guerra aunque no se quiera reconocer, tampoco ha cambiado el Ministro de la Defensa Nacional, el General-Mayor Cyrille Ndayirukiye.

RD del Congo

Desde 1998, el 40 % de su territorio, por la parte este y norte, se halla ocupado por «fuerzas rebeldes» congoleesas que, en realidad, están controladas por fuerzas ruandesas y ugandesas. El motivo aducido por los ocu-

panies es que tienen que protegerse de los rebeldes hutus –los interahamwe– y los oponentes ugandeses que tienen sus bases en territorio congolés. Es un pretexto. La razón es, principalmente, la voluntad expansionista de Ruanda.

El ejército ruandés, el APR (Armée Patriotique Rwandaise), es aguerrido. Laurent-Désiré Kabila, con un ejército demasiado joven (los «wakadogo» que significa «jovenzuelos») no consiguió una victoria militar a pesar de la ayuda militar de Zimbabwe, Angola y Namibia. Al contrario, sólo con la esperanza de parar la avanzada del APR sobre la provincia diamantífera de Kasai Oriental aceptó firmar el Acuerdo de Lusaka en julio de 1999 que prevé, sucesivamente, el alto al fuego, el despliegue de tropas de interposición de la ONU en una franja de 15 km sobre el frente actual, la celebración de un «diálogo intercongolés» donde se fijen las etapas de una orientación del país hacia la democracia y, en última instancia, la retirada del Congo de todas las tropas extranjeras.

Kabila firmó el acuerdo de Lusaka a regañadientes y no sin razón. Sabía que su apoyo popular era débil y temía que el diálogo intercongolés condujera a su destitución. Lo que Kabila pedía era la retirada inmediata de la tropas de ocupación. Por el contrario, el gobierno de Ruanda no vio inconveniente en firmar el acuerdo de Lusaka. Esperaba que el diálogo intercongolés se eternizaría prolongando así indefinidamente el lucrativo negocio de la ocupación del Congo. Por eso no es de extrañar que Kabila, después de la firma, paralizase el proceso del acuerdo que quedó en papel mojado hasta su muerte.

La situación ha dado un giro significativo con la llegada de Joseph Kabila después del asesinato de su padre en enero pasado. Ha abierto todas las puertas que su padre mantenía cerradas y el despliegue de la fuerzas de interposición es ya una realidad. La MONUC, operación de las Naciones Unidas para el Congo, se halla ya visiblemente en el país. Con respecto al diálogo intercongolés los pasos no avanzan con la rapidez que lo desearía Ketumile Masire, el ex-presidente de Botswana que es el facilitador de dicho diálogo. El programa inicial que preveía la reunión de 330 delegados durante 45 días abortó por falta de participantes. El 17 de Octubre pasado sólo 80 acudieron a la cita en Adis Abeba y se dispersaron después de una semana de reuniones, reconociendo que no eran suficientemente representativos para decidir sobre la desmovilización de los combatien-

Inestabilidad en los Grandes Lagos

tes, las fechas de un referéndum sobre una nueva constitución y de las elecciones. Por otra parte, la presencia de fuerzas de la MONUC permite ahora el acceso de organismos internacionales a las zonas ocupadas y ha sacado a la luz la situación humanitaria desastrosa en la que se encuentra la población en dichas zonas. Una encuesta de IRC, una ONG americana, eleva a dos millones y medio los muertos en el Congo como consecuencia de esta guerra, la mayoría a causa del hambre y las epidemias, pero también a causa de la violencia. La misma encuesta estima que el número de desplazados de guerra es de dos millones.

En estas circunstancias de desastre humanitario y de opresión por parte de los países ocupantes, la sociedad civil de las provincias congoleñas ocupadas intenta hacer oír su voz, conjugando la repulsa por la ocupación con un deseo vehemente de paz. Están cansados de tanta guerra y no quieren que la guerra de ocupación vaya seguida de una guerra de liberación como lo pretenden los milicianos mayi-mayi.

A pesar de la situación desastrosa en el interior del país, en Kinshasa sopla un nuevo viento de esperanza. Joseph Kabila ronda los 30 años de edad y se ha rodeado de un equipo joven que quiere distanciarse de los «viejos dinosaurios» del tiempo de Mobutu.

Ruanda

De los tres países, Ruanda es aquel en el que aparentemente no ocurre nada conflictivo. El visitante puede admirar nuevas carreteras, la capital adornada con flores, numerosos edificios en cantera, coches, teléfonos móviles, etc. A diferencia de Burundi y del Congo, se puede circular en el país a todas las horas del día sin preocupación por la seguridad. Los vestigios más visibles del trágico pasado reciente son monumentos erigidos en recuerdo de las víctimas del genocidio y los grupos de prisioneros vestidos de pantaloncillo y blusa rosas que realizan trabajos forzados en campos y carreteras. Son 115.000 los acusados de crímenes de genocidio y la gran mayoría se encuentran todavía, después de siete años, en espera de juicio. Para desbloquear esta situación, se está instaurando la «gacaca», un sistema de tribunales en las comunidades de base, en el que los jueces se parecen de algún modo a los «médicos descalzos» de la

China de Mao. En cuanto a los monumentos, se asemejan demasiado a los «monumentos a los caídos» de la época franquista. Es dudoso que sean un paso eficaz hacia la reconciliación.

Ruanda ha conseguido una supuesta paz exportando la guerra al vecino Congo donde no da muestras de querer retirarse. En realidad la paz es superficial y está mantenida por la mano férrea de su presidente Paul Kagame. Ha conseguido imponer disciplina en su ejército, lo que no ocurre en Burundi, y reprime casi con ferocidad cualquier manifestación de violencia.

El gobierno tutsi de Kagame se beneficia de lo que se ha dado en llamar «los dividendos» del genocidio de 1994. Fueron tutsis las víctimas más numerosas de aquella carnicería. Ni la ONU, ni Francia, ni Bélgica, ni Estados Unidos⁵, todos ellos implicados en Ruanda en aquellos momentos, intervinieron eficazmente para impedirla. Tanto los cadáveres como la vergonzosa retirada de soldados occidentales aparecieron en televisión. Hay por lo tanto, hasta hoy en día, sentimiento de culpabilidad y de deuda con respecto a la etnia tutsi. Kagame, que es un político hábil además de un experto estratega militar, se aprovecha de ese sentimiento para obtener apoyo político y ayuda económica. Hay que añadir que Ruanda es más sutil en la diplomacia, que cuenta con la presencia de elementos ruandeses en los organismos internacionales y que es más eficaz en la gestión de la ayuda que recibe. «Con los ruandeses se puede tratar», era el comentario del enviado especial del Reino Unido para los Grandes Lagos durante una recepción en Bujumbura. A ese nivel, Kagame goza de una credibilidad de la que carecen el Congo y, parcialmente, Burundi.

⁵ Jean-Claude Willame, experto en la región de los Grandes Lagos, señalaba recientemente en una entrevista concedida a RFI que tanto Estados Unidos como Bélgica recibieron información de que se urdía una matanza. Sin embargo, no hicieron nada por impedir que la misión militar de la ONU, Minuar, se retirara de Ruanda al comienzo del genocidio generalizado. Para poner más en evidencia la cobardía de la retirada de Minuar del 21 de abril, cabe señalar que la única acción militar occidental en Abril fue la «Operación Amaryllis» en la que tropas francesas se limitaron a evacuar a los extranjeros que eran, en su mayoría, belgas, franceses y americanos.

II. Los Grandes Lagos de abril 1994 hasta nuestros días

El genocidio rwandés

El 6 de abril de 1994, el avión que llevaba al presidente hutu de Ruanda, Juvénal Habyarimana y al presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamira, fue derribado por un misil tierra-aire cuando estaba a punto de aterrizar en Kigali. Ruanda se encontraba entonces amenazada por la milicia tutsi del Frente Patriótico Ruandés, con Paul Kagame como jefe militar. El FPR ocupaba ya la región del Parque Nacional de la Kagera y amenazaba con tomar la capital. Los dos presidentes murieron en el ataque y el magnicidio en Ruanda provocó una reacción de asesinatos en cadena. Entre abril y julio, Ruanda se vio bañada en sangre, literalmente.

¿Cómo explicar que en menos de tres meses unas 800.000 personas encontrasen la muerte a tiros de fusil, a machetazos o quemadas en la iglesia de un convento como ocurrió en el conocido caso de Butare? ¿Cabe decir que Ruanda en aquel trimestre fue «un tren sin maquinista» lanzado hacia un precipicio?

¿Hubo un grupo diabólico que urdió el genocidio?

Historiadores, psicólogos, sociólogos, antropólogos y moralistas deberán todavía aportar un poco de luz a uno de los sucesos

*un motivo que quizá fue
determinante en desencadenar
la locura asesina: el miedo. «Si no
matamos nos van a matar»*

de la historia más difícilmente explicables. Sin pretender dar la clave profunda de lo ocurrido, nos aventuramos a exponer un motivo que quizá fue determinante en desencadenar la locura asesina: el miedo.

El genocidio de 1994 no fue el primero. Ya había habido otros anteriormente tanto en Ruanda como en Burundi. Y se puede delinear como un movimiento de columpio entre los dos países en el que, a cada vuelta, el columpio va tomando más vuelo. De 1963 hasta nuestros días, Ruanda o Burundi (depende de a quien le toca) reacciona cada vez más brutalmente para evitar que suceda lo ocurrido en el país vecino la vez anterior. Las matanzas empezaron en Ruanda cuando hutus asesinaron a tutsis en noviembre de 1959, 2 años y medio antes de la independencia. Entonces los muertos se contaron por centenas, no por millares. La reac-

ción pendular en Burundi no fue esta primera vez asesina. Pero los 15.000 refugiados tutsis ruandeses acogidos en Burundi ayudaron a mantener el estricto control tutsi del sistema político burundés y especialmente el control tutsi de su ejército. Una nueva oleada de matanzas de tutsis, esta vez unos 10.000⁶, se produjo de nuevo en Ruanda en diciembre de 1963. Fue la primera reacción genocida irracional, esta vez como respuesta a los ataques de los «inyenzi» (cucarachas), extremistas tutsis ruandeses que actuaban a partir de Burundi.

«Si no matamos, nos van a matar», tal es la lógica de nuestro columpio inspirada por el miedo. El genocidio de 1963 en Rwanda quedó vivo en la memoria colectiva tutsi burundesa. En 1972 el régimen militar de extremistas tutsis que había tomado el poder en Burundi orquestó asesinatos que llevaron a la tumba a más de 100.000 hutus⁷. Fue un genocidio selectivo. Se apuntó a los intelectuales de la naciente elite hutu: políticos, universitarios, maestros, alumnos.

El péndulo nos lleva a Ruanda en 1990, año en el que el Frente Patriótico Ruandés (FPR), milicia tutsi formada en Uganda y que había ayudado a Museveni a tomar el poder, inicia sus incursiones militares en Ruanda en vistas a derrocar el régimen hutu de Juvénal Habyarimana. Poco a poco, durante cuatro años, el FPR se va afincando en el Nordeste del país. El ejército regular –Fuerzas Armadas Ruandesas (FAR)– no consigue desalojarlo. El recuerdo del genocidio de 1972 está vivo en la memoria colectiva hutu rwandesa y el miedo al tutsi empieza a revestir carácter de psicosis. A comienzos de 1994, Habyarimana comete un grave error. Ante la ineficacia de su ejército, se pone a armar a la juventud hutu inactiva. Es el nacimiento de los tristemente famosos «interahamwe». En la lógica del columpio, había ingredientes para dar que temer un genocidio peor que el de 1972. Y así fue el caso entre abril y julio de 1994.

⁶ CUTTS, Mark, «La situación de refugiados en el mundo» Icaria, 2000, p. 56.

⁷ LEMARCHAND R. «Selective genocide in Burundi» Minority Rights Group, informe n.º 20, Londres, julio de 1974.

Los campos de refugiados ruandeses en el Este del Congo

El ejército regular –los FAR– se dedicó al genocidio y así, la milicia tutsi FPR, con Paul Kagame a la cabeza, pudo conquistar el 4 de julio Kigali y el 21 Gisenyi el último punto del país. Cundió el pánico ante las represalias de los tutsis y en julio y agosto de 1994 se produjo un movimiento de población de proporciones bíblicas: 1.252.800 atravesaron la frontera hacia el Congo. 626.200 hacia Tanzania, 97.000 hacia Uganda y 276.000 hacia Burundi⁸. Si se tiene en cuenta que en 1994 Ruanda contaba con 7.831.663 habitantes⁹, esto quiere decir que los sucesos que nos ocupan afectaron radicalmente a más de un tercio del país.

De un golpe, Goma y Bukavu, las dos ciudades congoleñas fronterizas con Ruanda, se vieron invadidas por miles y miles de refugiados sin haberes, hambrientos y despavoridos. Una ingente operación humanitaria se puso en marcha aunque no se pudo impedir que el cólera provocara unos 50.000 muertos en Goma.

Ya a finales de julio, los campos de refugiados de Goma abrigaban a un millón de hutus, los de Bukavu a 250.000. La acción humanitaria se enfrentaba a problemas difíciles de resolver. Los campos de refugiados se organizaron por lugares de origen: sectores, comunas, subprefecturas y prefecturas. Las agencias humanitarias cometieron el error de confiar la distribución de alimentos a las autoridades ruandesas hutus de los campos. Procediendo así, pusieron un arma en sus manos. Parte de los alimentos se convertía en fusiles.

Poco tiempo hizo falta para que el nuevo gobierno tutsi en Ruanda tomara conciencia de que, con los campos de refugiados de Goma y Bukavu, tenía al enemigo en sus puertas.

Los años 1994, 1995 y 1996 transcurrieron en negociaciones para que los campos fueran trasladados al interior del Congo (que entonces se llamaba Zaire) y dejaran de ser una amenaza para el gobierno ruandés. No hubo resultado porque el estado congoleño se encontraba en ese tiempo

⁸ Las cifras corresponden al número de refugiados asistidos por Acnur a fecha del 31 de diciembre de 1995. el número real, por lo tanto, debió de ser todavía mayor.

⁹ Cálculo obtenido por extrapolación a partir del censo de 1991. Cf. Revista « Dialogue » Avril-Mai 1996, p. 51.

al punto del colapso. Joseph-Désiré Mobutu, que había esquilado el país durante treinta años de dictadura, sufría de un cáncer de próstata y su administración se holgaba en la corrupción y la ineficacia.

La progresiva militarización de los campos de refugiados agotó la paciencia del gobierno ruandés. A finales de Octubre de 1996, fuerzas del ejército de Kagame invadieron el Congo, desmantelaron los campos y bombardearon dos de ellos, Mugunga y Kibumba, cercanos a Goma. Todas las agencias humanitarias se vieron forzadas a abandonar el país y el desorden y el pánico que reinaron durante aquellos días impiden que se conozca con precisión lo que ocurrió.

Fue el inicio de la llamada «guerra de Kabila». El ejército invasor se dio un cierto colorido congoleño, adoptó una nueva sigla –AFDL (Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération du Congo-Zaïre)– y avanzó sin casi resistencia hasta Kinshasa donde Kabila tomó el poder a los pocos días de su entrada el 17 de mayo de 1997.

¿Qué había ocurrido entre tanto con los refugiados hutus que sumaban 1.250.000? Se calcula que 500.000 regresaron a Ruanda de modo forzado¹⁰. De los 750.000 restantes no se sabe a ciencia cierta cuántos murieron en la huida, cuántos fueron matados y cuántos consiguieron sobrevivir en la larga marcha que les llevó hasta la región de Kisangani y donde se fueron reagrupando en Tingitingi y Shabunda. El ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) tuvo acceso a esos grupos sólo después de que los invasores hubieran realizado matanzas. Consiguió repatriar a 260.000.

Quedan más o menos unos 500.000 de los que nada o muy poco se sabe. Se teme que la mayoría perecieron y de ahí se ha dado en poner a estos sucesos la etiqueta de «contra-genocidio», la revancha tutsi del genocidio de 1994. La venganza habría sido llevada a cabo de forma más maquiavélica. No hacía falta emplear el machete, bastaba con que el hambre, las enfermedades y los peligros de la selva dieran con millares de hutus.

¹⁰ BIZIMANA Ladislav, «Conflict in the Great Lakes Region», Universidad de Deusto, Bilbao, 1999, p. 133.

¹¹ CUTTS Mark, op. cit., p. 298.

La segunda guerra congoleña en agosto de 1998

Con la huida de Mobutu a Marruecos, donde moriría de cáncer el 9 de setiembre, Laurent-Désiré Kabila, a partir de Mayo de 1997, intentó afirmar su poder en Kinshasa. No lo consiguió, a causa de su entorno ruandés que pasaba factura por la ayuda prestada en la conquista del país. En Kinshasa circularon rumores que los rwandeses estaban vaciando las riquezas del país con la complicidad de Kabila.

En julio de 1998, Laurent-Désiré Kabila hizo un gesto valiente, si no temerario. Ordenó que las tropas ruandesas desalojaran el Congo. La respuesta de Ruanda no se hizo esperar. En agosto declaró la guerra a Kabila. El intento de tomar Kinshasa por parte de los rwandeses abortó. Zimbabwe, Angola y Namibia se hicieron los nuevos aliados de Kabila mientras que Ruanda se hermanaba con Uganda en esta nueva guerra que Madeleine Albright ha denominado «la primera guerra mundial africana». Pronto los ruandeses y ugandeses se hicieron con el este y el norte del Congo. Kabila y sus aliados consiguieron preservar el oeste, el sur con las minas de Katanga y el centro con la provincia diamantífera de Kasai. Desde entonces el Congo es un país dividido a causa de la ocupación extranjera. Los ruandeses y ugandeses intentan darse una legitimidad poniendo por delante a grupos «rebeldes», es decir milicias anti-Kabila de las cuales la más señalada es la de Jean-Pierre Bemba, originario de la provincia de Ecuador. Les sirve también de máscara la presencia de «banyamulenge», congoleños que se consideran del mismo grupo étnico que los tutsis y que hablan la misma lengua.

En Julio de 1999 las partes en conflicto firmaron el Acuerdo de Lusaka que ya hemos descrito. Este documento bloqueado por Kabila padre y desbloqueado por Kabila hijo sigue marcando hasta nuestros días las pautas para los pasos que se van dando en vistas a la resolución del conflicto.

Mientras tanto en Burundi

En los sucesos que hemos relatado desde 1994 hasta hoy, Burundi ha estado entre bastidores. Los analistas anuncian que pronto saldrá a la es-

cena y los más pesimistas presagian que será para un espectáculo más sangriento que los anteriores.

¿Qué ha ocurrido en Burundi en este período de tiempo para que se haya convertido en «el eslabón más débil»¹² de la cadena que une a los países de los Grandes Lagos?

Hasta la independencia en 1962, en teoría, las relaciones hutu-tutsi habían sido menos tensas que en Ruanda. Una rama tutsi, los «abaganwa», se aliaban por matrimonio con los hutus y servían de vínculo entre éstos y los demás tutsis. El dominio tutsi en el gobierno burundés se justificaba

de esta manera después de la independencia. Aunque este principio quedó desmentido por el genocidio contra los hutus de 1972, los tutsis no han descabalgado todavía del poder.

Mandela ha ido consiguiendo que los políticos hagan concesiones.

¿Conseguirá convencer ahora a los soldados milicianos?

Hasta 1993 Burundi había funcionado a fuerza de golpes de estado: Micombero, 1966, Bagaza, 1976, Buyoya, 1987. Pero el 1.º de junio de 1993 hubo elecciones presidenciales que fueron ganadas con una mayoría de casi dos tercios por el candidato hutu del partido Frodebu (Front pour la Démocratie au Burundi), Melchior Ndadaye. Cuatro meses después de las elecciones, el 21 de octubre, un intento de golpe de estado militar por parte de los paracaidistas tutsis acabó con la vida del Presidente Ndayaye y de seis miembros del parlamento. Las violencias que siguieron provocaron 50.000 muertes, 150.000 desplazados y 600.000 refugiados¹³.

El parlamento eligió a Cyprien Ntaryamira, hutu también. Sabemos que murió en el mismo avión que el presidente ruandés Habyarimana en abril de 1994. El 1.º de octubre, el Parlamento nombró a Sylvestre Ntibaturunganya que fue destituido en julio de 1996 por un segundo golpe de estado del actual presidente tutsi Pierre Buyoya.

¹² Tal es el diagnóstico del International Crisis Group, organismo especializado en detectar los «signos tempranos» de eventuales guerras.

¹³ BIZIMANA Ladislav, op.cit. p. 138.

Inestabilidad en los Grandes Lagos

Como consecuencia de las violencias de 1993, nació en 1994 el CNDD (Conseil National pour la Défense de la Démocratie) y de él el FDD, los «assaillants» de quienes ya hemos hablado, milicia armada que reivindica la puesta en ejecución del resultado de las elecciones de 1993, es decir, un gobierno hutu.

Si la opción del FDD es intransigente y unilateral, el Presidente Buyoya no ofrece más que la «paridad», un vago 50 % tutsi y 50 % hutu (en contraste con la proporción de 85 % hutu y 15 % tutsi del conjunto del país) que parece la fórmula ideal para paralizar un país. El gobierno de transición inaugurado el 1.º de noviembre respeta la paridad étnica pero no es éste el punto crucial. El ejército está todavía estrictamente controlado por la etnia tutsi y queda por realizar el punto más difícil del Acuerdo de Arusha: la reducción del ejército de 60.000 a 10.000 personas de las cuales 5.000 tienen que provenir de las milicias hutus FDD y FNL.

Es verdad que Buyoya, a fuerza de diálogo y negociaciones, parece buscar un camino medio entre el autoritarismo no dialogante de Paul Kagame en Ruanda y el hasta hace poco caos congoleño.

Es difícil no pensar que en Burundi se avecina una tormenta. Simultáneamente al progreso penoso de los pasos del Acuerdo de Arusha hacia las elecciones, crece la amenaza armada del FDD y del segundo grupo armado, el FNL. Aunque el FDD se muestra más dialogante que el FNL, estos dos grupos se niegan hasta ahora a entrar en el proceso del Acuerdo de Arusha. Y si lo hicieran, ¿van a aceptar los líderes actuales del ejército que quede reducido a menos de una décima parte y que entren en sus filas los que hasta ahora han sido sus enemigos?

Tal aparece la actualidad de Burundi. Con infinita paciencia, Mandela ha ido consiguiendo que los políticos hagan concesiones. ¿Conseguirá vencer ahora a soldados o milicianos?

III.- El porvenir

Al cabo de este recorrido por los tres países, es difícil establecer un pronóstico. Cabe preguntarse si en los próximos meses se producirá una intensificación de la guerra en Burundi. A más largo plazo, se habrá de tener en cuenta la evolución de la relación entre hutus y tutsis. Entretanto, no se puede perder de vista ni el proceso del crecimiento demográfico ni la cuestión de quién va a disponer de las riquezas naturales que existen en la parte del Congo ocupada por Ruanda y Uganda.

¿Explosión inminente de una guerra en Burundi?

Ya lo hemos dicho, Burundi es el país que más cartas tiene en la mano para pasar de la situación actual de guerra larvada a una guerra salvaje que recuerde lo ocurrido en abril y mayo de 1994 en Ruanda. A medida que se acercan las fechas de la reforma del ejército, no se puede descartar el espectro de un golpe de estado por parte de los militares. En ese caso, es posible que el FDD y el FNL, ahora que cuentan con refuerzos de los ex-FAR e interhamwe que antes estaban en el Congo, induzcan un levantamiento desesperado y masivo de la población que se traduzca en un baño de sangre generalizado.

Es verdad que Burundi se ha convertido en un polvorín. Pero también es cierto que existe una voluntad internacional firme para evitar que se produzca un nuevo genocidio. Aunque no tan intenso como en el Congo, hay también en Burundi un despertar de la sociedad civil, cansada de tanta guerra. La gente quiere paz y, en ciertos medios, los horrores del genocidio de 1994 han producido un efecto de escarmiento. Por ello, la eventualidad de una resolución pacífica del conflicto no está totalmente descartada. No es imposible que el FDD y el FNL acepten una negociación. Parece ser que la comunidad de Sant Egidio, de forma discreta, está buscando hacer de mediadora. Queda por ver si el ejército aceptará también las condiciones severas de paridad étnica exigidas por el Acuerdo de Arusha.

La cuestión étnica a medio y largo plazo

Queda la cuestión más espinosa: la evolución de la relación entre hutus y tutsis. Las heridas infligidas por unos y por otros están todavía frescas. El miedo al otro, ese mal consejero, perdura. Son grupos que están condenados a convivir y a entenderse, pero ¡qué largo parece el camino hasta un mutuo entendimiento!

Que se nos permita ser utópicos, aunque sólo sea para aclarar, en teoría, la niebla que pesa sobre la cuestión. Vamos a intentar exponer una solución ideal sin tener en cuenta si en la realidad concreta esa solución es posible.

Por orden lógico, las etapas que hay que recorrer para alcanzar una cierta armonía empiezan por una **condición necesaria: establecer la verdad con respecto a la historia pasada y reciente**. Circula mucha mentira y la dificultad de esta etapa se agudiza si es cierto que en los Grandes Lagos la verdad no tiene la misma importancia que en otras culturas. «La verdad os hará libres».

Es cierto que existe también la posibilidad del silencio: convertir la cuestión en un tema tabú, no remover el fango que se ha depositado en el fondo del charco. Se ha intentado y cuanto más se ignora el problema, más presente está en la mentalidad de la gente¹⁴.

El paso siguiente conlleva dos aspectos complementarios: **liberarse del miedo y de la sed de venganza**. El miedo nace de la demonización del otro y muere cuando se llega a conocer al otro en su verdad. La venganza se alimenta de los fantasmas de lo imaginario colectivo. En lo imaginario el honor herido por un agravio no conoce otra cura que la venganza. En nuestra realidad social el agravio debe ser enderezado por la justicia de los tribunales. Cuando se asciende a un nivel más humanístico o religioso, contra el mal del agravio, el perdón es una cura más eficaz que la venganza. Existen ya ejemplos maravillosos de perdón y valentía tanto

¹⁴ Hay una interpretación que se oye en ciertos círculos que consiste en la negación del problema. Hutus y tutsis no son enemigos. Los que defienden esta teoría se amparan en el hecho real que hutus y tutsis han vivido como pacíficos vecinos en el pasado. La causa de los genocidios es la manipulación de las masas por políticos desaprensivos. Es así como hay que entender la frase que se oye repetidas veces : no es un problema étnico, es un problema político.

por parte de hutus como de tutsis. Esos ejemplos son los que dan esperanza de resolver el problema.

La etapa lógica final es el **reconocimiento eficaz de la igualdad entre hutus y tutsis**. El dualismo hutu-tutsi es especialmente resistente a entrar en una de las categorías a las que estamos acostumbrados. No es una diferencia de raza aunque es cierto que existen rasgos que apuntan a un grupo o a otro. Ha habido mucho matrimonio mixto y tanto Ruanda como Burundi están llenos de «mulatos», si se nos permite la expresión. Por otra parte, ambos grupos tienen acceso a la educación y al dinero, si bien es verdad que los hutus lo han adquirido posteriormente a los tutsis y que siguen siendo víctimas de una discriminación real. «Mutatis mutandis», la diferencia que más se aproxima es la de noble-villano. Hay entre los tutsis pretensiones de «nobleza» como hay entre los hutus la sencillez del pueblo llano. Los tutsis han surgido de una cultura pastoril, los hutus de una cultura agrícola. Esas distinciones se desdibujan en el contexto tecnológico actual pero quedan reminiscencias del desprecio de los «nobles» hacia los «villanos» y del espíritu revolucionario de los «villanos» contra los «nobles».

quedan reminiscencias del desprecio de los «nobles» hacia los «villanos» y del espíritu revolucionario de los «villanos» contra los «nobles»

«Libertad, igualdad, fraternidad», el lema de la revolución francesa, aparece como la solución teórica del problema que nos ocupa. En Francia hace ya tiempo que la diferencia

entre nobles y villanos cesó de ser significativa. Y se puede soñar con el día en que hutus y tutsis consideren que su pertenencia étnica es un anacronismo. Si no se consigue la igualdad (¿quién la ha conseguido?) que las diferencias cristalicen de otra manera que la de ser hutu o tutsi.

Sin embargo, todo lo que acabamos de exponer no es más que teoría. Y existen en ella ciertos «nudos» que la impedirán hacerse realidad: el miedo no se deja desvanecer, la venganza no se deja impedir y la desigualdad es testaruda. Por otra parte, las vías perseguidas hasta ahora, la solución despótica de Rwanda y el pragmático programa de cuotas para Burundi, no tienen trazas de ser soluciones definitivas. Sobre su base, no se puede presagiar una salida del impasse. Así están las cosas, con un horizonte cerrado, en esta cuestión problemática.

El Congo, la parte inocente en el conflicto.

Y ¿cuál va a ser la evolución de las relaciones conflictivas entre por un lado Ruanda y Burundi y, por el otro, su vecino Congo? El acuerdo de Lusaka prevé como punto final –y, por lo tanto, la conclusión del conflicto– la retirada de las tropas ruandesas del territorio congoleño. No será un aspecto fácil de obtener. La ocupación ruandesa está expoliando las riquezas naturales del territorio ocupado. Es una guerra que no sólo se autofinancia sino que obtiene pingües beneficios¹⁵.

Los 15 últimos años de la historia del Congo han sido un período de caos. Por mucho que los congoleños estimen que los genocidios de Ruanda y Burundi son un problema que ni les va ni les viene, la realidad es que Ruanda se ha aprovechado de la extrema debilidad del Congo para exportar su problema, primero con los campos de refugiados, luego con el contra-genocidio perpetrado al amparo de la selva congoleña y finalmente con la ocupación del territorio congoleño. El sentimiento anti-tutsi en el Congo está exacerbado. Pero el Congo, a pesar de la esperanza de restablecimiento despertada por Joseph Kabila, es todavía un país enfermo que necesitará de un período de convalecencia. A menos de una intervención internacional firme, el Congo hoy por hoy no se halla a medida de liberarse del ocupante rwandés y éste no parece dispuesto a retirarse por puro espíritu de magnanimidad. Hay intereses económicos importantes en juego.

A largo plazo se agravará el problema demográfico. Ruanda y Burundi con sus más de 200 habitantes por kilómetro cuadrado¹⁶, con una tasa de crecimiento del 3,1 % a pesar del Sida, van a conocer una presión demográfica interna de dimensiones considerables. Los países muchos más espaciosos que los rodean, Tanzania al este, el Congo al oeste, gozan de una densidad de población mucho más débil. La del Congo no llega a los 25 habitantes por kilómetro cuadrado. Antes o después, estos cuatro países tendrán que compartir espacio. Pero ello requerirá una conversión por

¹⁵ En junio del 2000 Kofi Anam, a la demanda del Consejo de Seguridad, envió a una comisión de expertos para estudiar este problema. Las conclusiones de este grupo confirman categóricamente lo que afirmamos : coltán, niobio, diamantes, oro y maderas preciosas del territorio congolés son expoliados a beneficio de Rwanda y Uganda. Cf. « Rapport du groupe d'experts sur l'exploitation illégale des ressources naturelles et autres richesses de la République Démocratique du Congo », Nations Unies, Avril 2001.

Orihana Irigaray y Joaquín Ciervide

parte de los congoleños que no ha sido favorecida por la desastrosa experiencia reciente de sus relaciones con Ruanda.

El porvenir se anuncia oscuro en los tres países de los Grandes Lagos. Es prudente, al menos, reconocerlo para que todas las partes en el conflicto estén alerta. Sin saber precisar cuáles, podemos predecir que va a haber obstáculos en el camino. Hay que evitar, por lo menos, que se repitan los horrores del pasado.

